

La rosa de Tánger

Edición especial de 4 capítulos de
vista previa. Equivalen a 67 pá-
ginas de la versión impresa.

Algunas páginas han sido omiti-
das de manera intencional.

La rosa de Tánger

J. Alfredo Díaz G.

©Copyright 2015 Jesús Alfredo Díaz García.

©La rosa de Tánger.

All rights reserved.

ISBN-13: 978-1537432960

ISBN-10: 1537432966

©Fotografía de portada: Salida de la medina de Tánger por la puerta de Bab al-Fahs. Abril de 2014

Fotografía y diseño de portada: J. Alfredo Díaz G.

Realización artística: J. Alfredo Díaz G.

J.Alfredo.Diaz.Garcia@gmail.com

www.alfredodiazgarcia.com

Printed by CreateSpace Independent Publishing Platform.

Los hechos narrados en esta obra son totalmente irreales, fruto de la imaginación del autor. Cualquier similitud o coincidencia con personas de igual nombre y con posibles situaciones reales será simple coincidencia.

Queda prohibida, salvo para citas y cualquier excepción prevista en la ley, toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, sin contar con la autorización expresa del titular de la propiedad intelectual. La contravención de los derechos señalados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

jad_01.3-1810/1812

*A esas solitarias, tristes y delicadas rosas que,
entre sus amorosos brazos de madres,
acunan un frágil botón de flor que se abre a la vida.
A todas las que yo he encontrado abandonadas
en las calles de Tánger y en otras ciudades,
y a las que no*

Índice

CAPÍTULO 1	13
Un frío amanecer, una mujer y un bebé	
CAPÍTULO 2	23
Un hombre profundamente afectado	
CAPÍTULO 3	37
Un rescate muy oportuno	
CAPÍTULO 4	49
Una ducha caliente y un desayuno en familia	

CAPÍTULO 1

Un frío amanecer, una mujer y un bebé

Amanecía en Tánger.

El hombre, más bien alto, de constitución fuerte y con poco más de cincuenta años, tenía la cámara fotográfica bien colocada sobre un trípode. En vista panorámica, a través de la pantalla digital enfocaba la larga escalera de cemento que accedía a los Jardines de la Mendoubia.

Era la misma colina que había fotografiado tantas veces antes, durante el último año y medio, siempre lujuriosa de luz y de color durante el día. Ahora estaba emblanquecida, cual si un pintor descuidado le hubiera pasado brocha con una lechada blancuzca.

Cortinas de delicada muselina blanca que colgaban del cielo, rotas aquí y allá, distorsionaban la visión al ser movidas en distintos sentidos por la brisa caprichosa.

Pero no eran cortinas ni era seda, aunque la brisa helada sí estaba algo antojadiza.

Tampoco era esa niebla densa, como para hacerse un turbante con ella y llevarla a casa en los bolsillos. Esa niebla que nos arropa por completo, nos regala el eterno y esquivo placer del silencio total y la humedad en el rostro, y no permite ver un tren negro a cuatro pasos.

Se trataba, más bien, de una suave bruma matinal pasajera, buena para hacerse un tenue fular y darle tres vueltas alrededor del cuello.

Esa húmeda noche, de mediados de noviembre, había resultado inusualmente fría por causa de un frente polar, que ya había llegado a la Península Ibérica y el norte de África, y estaba causando bastantes problemas en toda Europa.

El frío se colaba por cualquier resquicio y rendija que encontraba. El hombre se ajustó el cuello del chaquetón, y lamentó no haber llevado la cálida gorra de fieltro con orejeras o la otra de lana.

Como algodón de azúcar que nos vuelve velcro los dedos y se queda pegado en la punta de la nariz, la bruma amanecía enroscada en los Jardines de la Mendoubia. Los desdibujaba, dibujaba y volvía a desdibujar de maneras un tanto fantasmagóricas. En algún berrinche de niña malcriada y de un solo manotón, la veleidosa brisa la quitaba por completo en algún lugar para, casi de inmediato, volver a dejarla campar a sus anchas y hacer de las suyas.

A dos dedos de ser milenario, aquel gran *banyan*, que para abarcar su grueso y nervudo tronco se necesitaban varias personas, se entreveía con dificultad por la izquierda. La bruma blanquecina, descarada e impertinente, borraba el color blanco de la pintura insecticida que el tronco tenía en la parte inferior, y hacía que el árbol pareciera estar suspendido en el aire. Las gruesas ramas, anacondas arbóreas danzantes, flotaban de acá para allá en un lento y extraño baile tribal, y aparecían y desaparecían de forma misteriosa. El resto de los grandes árboles perdían sus contornos, proporciones y colores naturales.

Los columpios y el tobogán del parque infantil, los árboles cercanos y el inicio de la escalera se notaban bien. Pero a medida que los peldaños ascendían se iban perdiendo sumidos en aquella blancura esponjosa, como la propia escalera al mismísimo Olimpo. Al final de ella, en la plazoleta superior, el primero de los dos enormes cañones de bronce opaco de siglos, por momentos era poco más que una silueta difusa; en un

instante desaparecía para volver a vislumbrarse luego. Reminiscencias de un glorioso y agitado pasado como fieles defensores de la ciudad, allí invernan los dos, taciturnos jubilados sin aplausos, medallas ni pensión.

A través de la pantalla de la cámara, aquello parecía una vieja fotografía de rolo, desenfocada y mal revelada. Era lo que el hombre buscaba como efecto dramático. Revisó el balance de blancos y revestido de una paciencia forjada con los años, él esperaba el momento justo en que se conjugaran las cortinas rasgadas y los elementos que quería captar. Llevaba varios días madrugando para conseguir la foto, pero la neblina era esquiva y no obedecía a los deseos humanos ni complacía a fotógrafos.

Consciente de que el momento era irrepetible, utilizaba su objetivo más luminoso y sacaba partido a la elevada resolución del sensor APS-H de la cámara en formato RAW. Sacó varias instantáneas con diferentes aperturas del diafragma, profundidad de campo, tiempos de exposición y sensibilidad. Luego tomó algunas otras con el modo de escena para niebla. Dispuesto a agotar las posibilidades del equipo y por no dejar, tomó algunas más en modo automático, a ver qué se le ocurría a la cámara.

Un auto, que estaba aparcado poco más abajo, arrancó. Al girar en la calle para subir hacia la salida de la medina, las luces de sus faros abanicaron los jardines con lentitud. En lugar de taladrar la niebla, consiguieron tan solo darle brillo y luminosidad allá donde pegaban.

En el serio rostro del hombre surgió una sonrisa y, ni corto ni perezoso, sin tiempo para reajustar nada disparó una larga ráfaga automática. Volvió a sonreír, satisfecho por aquel extra venido a pedir de boca. Ahora sí, le parecieron suficientes fotos de los jardines. Subió al máximo el cuello del chaquetón y dio un vistazo alrededor, por si se le había pasado algo.

Agarró el trípode con la cámara y se lo echó al hombro. Por el medio de la solitaria y silenciosa Rue d'Italie subió hacia Bab

al-Fahs. Era quizás la puerta más emblemática de la vieja medina, acceso principal por la Plaza del 9 de abril de 1947, también conocida como el Gran Zoco. Con su típico arco árabe túmido y velada por los danzantes jirones de bruma, la opaca abertura en la blanca pared no era más que un bostezo de labios leporinos.

Era muy temprano aún y no había movimiento para abrir los comercios, cuyas metálicas persianas de seguridad permanecían bajadas; algunas ya con ganas de subir y enrollarse para entrar en calor con el roce y, así encogidas, pasar el frío. La mayoría no abriría antes de las nueve, otras lo harían más tarde.

Unas pocas cafeterías y salones de té, siempre dedicados y consecuentes con sus parroquianos más devotos, bien conocedores de sus costumbres estarían preparándose para atender a los más madrugadores. Porque por más que alguien se levantara temprano, ya algunos otros lo habrían hecho antes y otros más no se habrían acostado siquiera.

Era una de esas mañanas en que es preferible quedarse en casa, bien metido en la cama caliente, mucho mejor si se estaba acompañado.

Una de esas mañanas en que una buena taza de café o de té, bien caliente y dulce al gusto, tenía asegurado el agradecimiento del cuerpo y del espíritu.

Una de esas mañanas en que es preferible quemarse un poco la boca que congelarse las manos y el estómago.

Una de esas mañanas de las que, por fortuna, no había demasiadas allí, a lo largo del invierno.

Una de esas mañanas que...

Amanecía en Tánger.



Mientras estuvo sacando las fotos pasaron unos pocos hombres graneados y algunas que otras mujeres, que le prestaron poca atención. Ellas iban en parejas o de a tres, bien tapadas dentro

de la chilaba, con la capucha cubriéndoles la cabeza cuanto fuera posible; algunas llevaban chaquetas abrigadas.

De ellos, unos también vestían con chilabas. Otros, los más, en pantalones y chaquetas con los cuellos alzados, se arrebujaban en ellas con las manos dentro de los bolsillos. Quizás lamentasen no llevarlos repletos de olorosas castañas asadas, recién sacadas del horno o de la chapa del fogón. Algunos, los de sueño más ligero, con la cabeza cubierta con el *taqiyah* se apresuraban hacia la mezquita. Todavía no se había hecho el llamado al *adhan*, aunque no faltaría mucho. En ese mismo momento, en la cercana mezquita de Sidi Bou Abid, al otro lado de la plaza, se inició el canto del almuédano llamando a la oración del *fajr*. El hombre consultó su reloj. Eran las 05:46.

Unos pasos más allá le pareció buen lugar y colocó el trípode con la cámara en el medio de la calle. Enfocó, ajustó y sacó varias fotos a la Bab al-Fahs, ahora misteriosa como nunca, envuelta en lo que bien podría ser el humo de cien cañonazos.

Los faros de un vehículo que entraba hicieron iluminarse la neblina en la gran puerta. Resultó una irreal forma de gloria solar con puerta dimensional, que dio la impresión de convertirse en la entrada a otro mundo. El hombre, con la cámara todavía apuntando hacia allá, volvió a realizar una larga ráfaga de fotografías, aprovechando aquel otro ramalazo de suerte.

A fin de esquivar el vehículo, agarró el trípode y se apartó presuroso hacia el lado izquierdo, en medio de dos enormes maceteros de los tantos que se alineaban a un lado de la calle. Unos eran cúbicos, otros tenían la forma de maceta. Cada uno tenía sembrado un arbolito de alto y delgado tronco. Uno parecía un ficus, el otro... El otro podría ser cualquier cosa. Quizás algún día, si todo iba bien, cada uno de ellos sirviera para algo más que adorno y llegara a dar sombra en alguna parte.

Pasó el vehículo, un camioncito que iba cargado a tope con vegetales y verduras frescas, llorosas de rocío. El tubo de escape

humeaba blanco como si anunciara *Habemus Papam*. El hombre sonrió por lo contradictorio que aquello sería en Marruecos.

Sin ninguna prisa, desmontó la cámara, le pasó una gamuza para quitarle la humedad, la metió en su estuche, y se lo terció en bandolera; plegó el trípode y lo deslizó en la funda.

Subió a la estrecha acera izquierda, que llevaba a la puerta lateral en ese lado de Bab al-Fahs, gemela a la del otro lado. En el suelo, el sucio y la basura de ayer se juntaban con la de anteayer, hermanos cual siameses. Los comerciantes barrerían sus frentes cuando abrieran.

Poco antes de llegar a la pequeña puerta con arco de medio punto, en la penumbra captó un bulto oscuro en el suelo. Le fue preciso detallar bien para darse cuenta de que era un ser humano, y necesitó algo más de agudeza para reconocer una forma femenina.

Junto a la pared, encogida sobre unos cartones en el suelo, una mujer intentaba mimetizarse con las sombras. Como toda protección contra el frío, ella tenía echada encima una manta oscura que, por estar doblada, la tapaba completa a duras penas. Se cubría la cabeza con la capucha de una chilaba muy oscura, marrón o quizás azul marino o turquí, que pasaba a ser negro por la noche. Bajo su cabeza había una gran bolsa de tela bastante abultada, que le servía de almohada, y ella arropaba algo entre los brazos.

Las glándulas suprarrenales del hombre explotaron como una supernova.

El corazón le dio un bombazo y luego otros mil más como un púlsar.

En el estómago le surgió un agujero negro supermasivo.

Las retinas se le agrandaron al tamaño de galaxias.

Los párpados se le cristalizaron sin poder cerrarse.

El alma, pasada por nitrógeno líquido, congelada instantáneamente se le vino al suelo y se volvió añicos.

El frío traspasó la piel del grueso chaquetón invernal y lo caló hasta los huesos; todo en un mismo instante.



Él no había hecho el menor ruido, sin embargo, la mujer abrió los ojos sobresaltada.

Con un impulso se sentó arrimada contra la pared, quizás deseando perder su tridimensionalidad para quedar estampada como otra sombra.

Ella se encogió todavía más, intentando disimular sus formas, y abrazó contra su pecho un pequeño bulto. El frío de la noche escarchó en su rostro una mueca de angustia y de miedo.

El hombre reconoció qué era lo que la mujer protegía tanto. Su espíritu chilló y su corazón, que no logró latir más rápido, se atascó y estalló en sangre. Por sus venas comenzó a circular un corrosivo Freón 12 que le congeló el cuerpo.

Las amígdalas se le inflamaron en la garganta y formaron un tapón que intentaba ahogarlo.

Con un gran esfuerzo y hablando despacio, él logró decir en francés:

—Por favor, buena mujer, no te asustes. No pretendo hacerte nada. Yo tan solo pasaba y me sorprendió encontrarte ahí. Lamento mucho haberte sobresaltado de tal manera, discúlpame, por favor; no fue mi intención. —La expresión de ella no cambió y el hombre no supo si lo estaba entendiendo o no. Para averiguarlo le pregunto, aún más despacio—: ¿Me entiendes? —La mujer afirmó con la cabeza—. ¿Cenaste algo? —Ella movió la cabeza en signo negativo—. ¿Tienes con qué desayunar tú y alimentar a tu hijo con algo más que con tu leche?

La mujer volvió a negar con la cabeza sin dejar su actitud recelosa y asustada.

Él buscó en un bolsillo externo de su abrigado chaquetón. Sacó su billetera, extrajo de ella los cuatro billetes que llevaba y se los tendió a la mujer. Ella no hizo intención de moverse. En

su mirada y en su actitud seguían muy vivos el miedo y el recelo. Él se acercó un poco más y se agachó para estar a su altura, estiró el brazo y le dijo:

—Toma, mujer, no temas. Es algo de dinero para aliviar un poco tus necesidades. —Ella seguía sin moverse y él insistió—: Por favor, cógelo para que puedas comer durante varios días.

Ella, todavía dudosa, estiró una blanca mano y agarró los billetes. Los detalló y su cara cambió a una expresión de asombro. Los empuñó con fuerza y se los llevó al pecho, rompió a llorar y exclamó apurada, hablando en árabe:

—*¡Chokran, chokran, chokran!*

—Estás aterida. Vete pronto a beber algo caliente y come bien para que puedas alimentar a tu hijo. Que Alá, el Más Compasivo y Misericordioso, te cuide y te proteja a ti y a tu hijo, buena mujer.

—*¡Chokran, chokran!*

Era todo lo que la mujer atinaba a decir entre los nervios y el llanto.

Él quiso decirle muchas cosas más, muchísimas.

Hubiese querido tenderle su mano desnuda y agarrar la suya. Hubiese querido llevarla él mismo hasta una cafetería.

Hubiese querido asegurarse de que comiera bien, al menos por una vez.

Hubiese querido...

Pero su presencia la había intranquilizado mucho.

La razón o lo que haya sido, que nos impone conductas sociales que no se deben traspasar ni transgredir, lo frenó y le dijo que no era prudente.

No en aquel país.

No en aquella ciudad.

No, siendo él un hombre extranjero y ella musulmana.

No...

¡No!

De nuevo, aquello en la garganta le impidió decir nada más.
Sin querer mirar atrás, el hombre cruzó hacia la plaza.

Unas gotas de freón heladas, que tanto dieron en pujar y patallar, lograron vencer la fuerza de la voluntad. Gritando mudas se escurrieron por los lagrimales, para juntarse con la humedad de la noche y con la bruma que empañaba los ojos; ascendieron raudas al firmamento y se convirtieron en polvo de estrellas.

Porque aquellas no eran cualquier clase de lágrimas: eran lágrimas de Freón 12.

Tampoco venían de un corazón cualquiera, sino del corazón de aquel hombre que gozaba del secreto don de la alquimia.

Él llegó hasta su auto, entró y quedó con las manos y la cabeza sobre el volante.

Era una fría y húmeda noche de mediados de noviembre.
Amanecía en Tánger.



CAPÍTULO 2

Un hombre profundamente afectado

Subió por las escaleras para llegar hasta su apartamento en el último piso. Era lo que él solía hacer de forma habitual, si no llevaba bolsas o paquetes grandes y pesados. Pero esa vez no lo hizo corriendito, como usualmente, que le servía para hacer ejercicio. Esa madrugada le hubiese venido muy bien para sacarse del cuerpo los restos de freón, sustituirlo por sangre nueva y entrar en calor. Su paso era cansino, fatigoso y pesado como si calzara unas viejas botas de buzo, con suelas de plomo de diez kilos y garbanzos como plantillas por dentro.

Lamentó no haber agarrado el ascensor.

Nunca cinco pisos se le hicieron tan altos y las escaleras tan largas y empinadas.

No lograba apartar de su mente la imagen de la mujer tiritando, que apretaba a su bebé para esconderlo.

Cuánta angustia sintió en ella.

Cuánta soledad.

Cuánta tristeza.

Cuánta desesperación.

Cuánto miedo.

¡Cuánta impotencia!

Cuánta amargura y abandono había en ella.

El rostro del hombre, aún sin afeitarse, mostraba el sufrimiento que su corazón llevaba, porque no había logrado sacudírsela.

Una voz femenina dijo en español:

—Buenos días, Daniel. ¿Qué te pasó? ¿Te ha ocurrido algo malo que traes esa cara?

Él se sobresaltó, de tan ensimismado que iba a brazo partido contra aquel revoltillo de sentimientos.

La mujer tendría unos cuarenta años, vestía una colorida chilaba y barría el pasillo del quinto piso, frente a la puerta abierta de un apartamento. Daniel reaccionó:

—¿¡Qué!?! ¿Ah, hola! Buenos días, María Eugenia. No, no me ha ocurrido nada malo.

—Pues se diría que sí. Si no fue a ti ha sido a alguien más. ¿Has recibido alguna mala noticia desde España? ¿Acaso de tu madre o de tu padre?

—No, ninguna, no se trata de eso. Ellos están bien, por fortuna, al igual que mis hermanos; todos están bien.

—¿Quieres pasar a tomar un cafecito? Anass llegó de la mezquita hace poco y ya lo tiene listo. ¿No lo hueles? Me parece que te vendrá bien.

—Sí, gracias, me caerá muy bien uno de esos cafés fuertes que preparáis; mejor que nunca.

Entraron en el vestíbulo, él iba a seguir y la mujer advirtió:

—Los zapatos.

—¡Huy, sí! Disculpa.

Él se sentó en un banquito descalzador, se los quitó y los dejó junto a otros sobre una alfombrita de material plástico, se calzó unas babuchas de varias disponibles y pasó. María Eugenia cerró la puerta tras de sí. En la amplia sala estaba un hombre de cabello muy negro, que no había llegado a los cincuenta, y saludó en buen español con un ligero acento marroquí:

—Buenos días, Daniel. Por lo que veo, hoy madrugaste otra vez a sacar fotos. ¿Lograste la que querías de la Mendoubia?

—Sí, Anass, creo que ahora sí que la logré, de una vez por todas. Aunque me parece que hubiera preferido más no haber ido hoy o no haber pasado por donde pasé.

—¿Por qué? ¿Tiene algo que ver con esa cara tan grande de angustia que traes? Pareces desolado por algo. No habrás tenido un accidente con el auto.

—No. Es que me encontré con...

Como él se callara, el otro dijo:

—Parece que el asunto te ha afectado bastante. ¿Tan grave fue? Te ves mal. ¿A qué se debe esa preocupación que cargas encima?

Su mujer llegó con dos humeantes tazas de café negro y le entregó una a cada uno. Daniel seguía inmóvil y ella le preguntó:

—¿Te lo vas a beber de pie? ¿Llevas prisa?

Anass dijo:

—Anda, hombre, siéntate un rato; toma unos tragos de café fuerte y caliente y vete reanimándote, que me parece que te falta el color.

Un largo y elegante *mtarba* marroquí de tres secciones, lleno de cojines, ocupaba por completo las largas paredes del amplio salón del apartamento, cuyo piso estaba cubierto por una enorme alfombra ricamente decorada. En un lado, más cercano a la cocina, había una mesa redonda y de baja altura con grandes cojines alrededor. Era apta para acomodar a seis personas y estaba dispuesta para el desayuno.

Los tres se sentaron en una de las esquinas, que dos de las secciones del *mtarba* formaban en el ángulo de unión de dos paredes. Anass y su esposa lo hicieron juntos en un lado, Daniel lo hizo en el otro. Sin que mediase palabra tomó varios tragos de café, concentrado en los diseños que tenía la taza de porcelana. Todavía dentro de su ensimismamiento dijo:

—Yo he visto cosas fuertes en mi vida, como mujeres apaleadas por sus maridos o por sus proxenetas; muertos en accidentes de autos, motoristas degollados por los guardarraíles en las carreteras; individuos asesinados a balazos o a cuchilladas, otros destripados; niños torturados salvajemente. Situaciones

terribles que intento no recordar y no lo logro en ocasiones, en demasiadas. Pero esto... Esto nunca me lo hubiera esperado.

Anass le preguntó:

—¿Acaso encontraste algún cadáver decapitado?

—Quizás hubiera sido preferible. Fue algo que en nada se les acerca a esos casos sangrientos y que, no obstante, me ha afectado mucho más. Fue una mujer que estaba durmiendo en el suelo.

—¿Dónde fue eso?

—En Bab al-Fahs.

—¿En toda la puerta? —preguntó María Eugenia.

—Sí, en la esquina interior de una lateral. Me impactó tanto que me la quedé mirando. Ella, no sé por qué habrá sido, se despertó sobresaltada. Abrazaba a un bulto envuelto en mantas, un bebé al que intentaba ocultar. Aquí en Tánger he encontrado mujeres indigentes muy jóvenes, que pedían en la calle con algún bebé en brazos. Pero esto... Esto...

Tuvo necesidad de beber un largo trago de negro café ardiente al que le dio vueltas en la boca, tanto para enfriarlo como para extraerle todo su fuerte y amargo sabor. Anass le dijo:

—Tranquilo, hombre, tranquilo.

—No entiendo por qué me ha afectado tanto. El caso es que no logro sacarme de la cabeza la imagen de esa mujer. Es como si todavía tuviese su rostro delante. Sigo sintiendo su miedo, su angustia, su dolor y sobre todo su abandono. Ella logró transmitírmelo con una intensidad inusual. Eso fue lo que más me afectó y lo que me tiene así. ¡Dios! Qué difícil me resulta llevar esta aplastante carga ajena.

María Eugenia dijo:

—Tú eres una persona muy sensible para esas cosas. Quizás fue que, intentando sensibilizarte para encontrar la foto que buscabas, tu estado de ánimo pudo haberte vuelto más receptivo. Todo eso influye.

Anass preguntó:

—¿Era un niño o una niña lo que ella tenía?

—No llegué a ver la cara de la criatura, tan solo el bulto. La mujer la tenía completamente arropada y la abrazaba intentando esconderla para protegerla. Al menos esa fue la sensación que a mí me dio —dijo Daniel.

—¿Qué edad tendrá ella?

—¡Qué voy a saber yo, Anass!

—Hombre, podrás hacerte alguna idea. ¿Estaba tan oscuro que no la distinguiste? No te estoy pidiendo la fecha de nacimiento. ¿No estás entrenado para eso?

—Anass, yo nunca fui bueno para esas cosas. Es tan difícil determinar la edad de una mujer, particularmente en esas condiciones.

—Veamos, ¿era joven o mayor?

—Joven, era joven, no sé qué tanto.

—¿Menos de veinte años?

—No. Ella tendrá... No sé, veintitantos años. Quizás no llegue a los treinta. Aunque veintisiete y treinta y dos en poco o en nada se diferencian en una mujer. Al menos para mí. Fue muy poco lo que pude verle la cara debido a la capucha de la chilaba y la penumbra. Pero me pareció que era bonita.

María Eugenia le preguntó:

—¿Qué aspecto tenía?

—¿Aspecto? Asustado, estaba muy asustada y con frío. Temblaba visiblemente.

—No me refiero a eso. Tú has sido guardia civil.

—Mari, no estoy en capacidad de evaluarlo de manera adecuada, aunque me pareció una mujer... delicada. La mano era blanca, larga y fina y estaba limpia. Me pareció una mujer cuerda y decente, si es eso lo que quieres saber. ¡Dios! ¿Qué puede hacer una mujer así en la calle, abandonada con un bebé y durmiendo a la intemperie en una noche como esta? Ni un perro.

María Eugenia dijo:

—¿En este país? Las causas pueden ser muy diversas. Desde una violación y el rechazo de su familia, hasta el abandono por parte del esposo o lo que se te pueda ocurrir.

Daniel depositó la taza sobre el plato que había dejado en una pequeña mesita esquinera, que servía de separación entre las dos secciones de los *mtarba*. Se pasó una mano por la cara y volvió a su abatimiento inicial.

Llegó un niño que tendría unos doce años y dijo:

—Mamá, no encuentro mis zapatos de la escuela.

—¿Y dónde te los quitaste ayer? ¿No fue en el vestíbulo?

—Sí, luego los limpié y ahora no están allí en la zapatera.

—Entonces te los habrás llevado para tu habitación, ¿adónde más? Aunque encontrar algo en ella...

Una niña, unos pocos años menor, venía muy risueña y pisando fuerte por el pasillo y dijo:

—Esta talla ya casi me queda.

—¡Esos son mis zapatos! —dijo el varón.

Salió detrás de ella que se fue riendo por el pasillo.

—Fátima, déjate de andar con zapatos dentro de la casa contaminándolo todo. Vengan a desayunar —dijo su madre.

Daniel, que seguía abatido, preguntó:

—¿Por qué estaría durmiendo en aquel lugar tan expuesto al frío de la noche, además de transitado?

—Es posible que el frío extremo de esta noche fuera algo que ella no se esperaba, porque la caída de temperatura ha sido muy fuerte —dijo Anass—. Seguramente que en algún portal, en cualquier callejón de la medina, ella hubiera estado bastante más protegida del frío. También hubiera estado mucho más expuesta a que algún hombre abusara de ella. Allí, en Bab al-Fahs, ella pensaría que estaba más segura debido a que, incluso de noche, transita más gente y por la plaza patrulla la policía. Aunque el lugar tampoco le garantiza nada, a la hora de la verdad.

Por eso habrá sido su miedo cuando se despertó y te encontró junto a ella mirándola. En la oscuridad, seguramente que ella no pudo ver tus ojos y la forma en que la observabas. Siempre se piensa lo peor, sobre todo si vives con temor y despiertas de noche con un sobresalto como el de ella.

Su esposa dijo:

—Esa joven ha de estar acostumbrada a despertar por todo y por nada, y tendrá un sueño muy ligero y poco reparador. Por la forma en que dices que ella abrazaba a su bebé, no solo intentaba protegerlo del frío, sino que tiene miedo de que se lo quiten. Dormida es cuando más expuesta está a eso, podría despertar sin él, de ahí su temor.

—Sí, es muy probable —dijo Daniel—. A mí se me partió el alma. Le pregunté si había cenado.

—¿Te respondió algo?

—Con la cabeza me dijo que no. Quién sabe si esa pobre mujer comió algo ayer o el día anterior. Con esas aciagas perspectivas, tampoco iba a desayunar hoy, en tanto no lograrse mendigar alguna limosna para comprar un pan. Muy malo lo tiene si no come y amamanta a su bebé. Pueden terminar enfermado o muriendo los dos. Le di los billetes que llevaba en la cartera: tres de cincuenta dírham y uno de veinte.

—¡Hombre!, fuiste extremadamente generoso para una limosna —le dijo Anass.

—¿Generoso? Eso depende de cómo se mire. No era una limosna lo que quería darle, sino ayudarla de manera efectiva. Con esa cantidad tendrá para comer bien hoy y unos pocos días más. Pero dudo que le pueda comprar también leche a su bebé.

—Le leche infantil no es nada barata —dijo María Eugenia.

—En ese caso no le alcanzará —dijo Daniel agarrando su taza de nuevo.

—Si el bebé tiene pocos meses, como parece ser, no necesitará nada más que la leche de su madre.

—Mejor, aunque ella no tendrá dinero suficiente para procurarse ropa más abrigada. Lo único que tenía encima de la chilaba era una manta que no parecía nada buena.

—¿Con la noche de hoy? —preguntó Anass—. ¡Uf! Eso no le habrá servido de casi nada a la intemperie. Esa pobre mujer ha de haberse estado congelando.

—Por eso es que tiritaba —dijo Daniel—. El dinero que le di no le alcanzará para comprar ropa. Tiene que estirarlo todo lo posible para lograr comer cuantos más días pueda. Ella seguirá a la intemperie y vamos camino al invierno que, por lo que pronostican, vendrá muy frío y con lluvias. Este frente polar durará una semana o más y va a peor. Yo espero que ella consiga un sitio abrigado para pasar las noches.

María Eugenia dijo:

—Más le valdrá a la pobre o muy mal se lo auguro.

—Allí cerca, al voltear por la otra puerta de entrada hacia la Rue Smarine, al principio hay una pequeña pastelería y cafetería que suele abrir temprano. Espero que esa mujer ya se haya metido entre alma y espíritu un par de jarras de té o de café bien caliente, esté comiendo hasta atragantarse y se quede metida allí toda la mañana o cuanto más pueda.

Anass dijo:

—Tú hiciste lo que bien pudiste y estaba a tu alcance. Fue mucho más de lo que nadie haría, probablemente. Pero no puedes solucionarle la vida como si ella fuera uno de los gatitos que has recogido.

—Quizás debiera de haberlo hecho.

Daniel lo dijo más que nada para sí mismo. Se había tomado todo el café y se sentía algo mejor, no mucho. Al menos el freón se había volatilizado casi todo y él recuperaba su temperatura. Dejó la taza nuevamente sobre la mesita. Llegó otra niña, menor que la anterior, lo saludó y le dio un beso:

—Buenos días, Daniel.

—Sara, buenos días, linda.

—Mami, yo ya estoy vestida y lista y tengo mi mochila preparada con los libros.

—Sí, tesoro, ya te veo. ¡Así se hace! Eres toda una mujercita responsable. Ahora a desayunar. ¡Ismael y Fátima! ¿Termináis de venir a desayunar?

—Ya voy, mami —dijo la niña desde lejos.

—¿Quieres otro café, Daniel?

—No, muchas gracias, Mari.

—¿Te apetece desayunar con nosotros? —le preguntó Anass.

—Gracias, en este momento lo que necesito es pensar con tranquilidad... o no pensar. Voy a mi apartamento y ya desayunaré cuando tenga ánimos. Ahora no podría hacerlo.

—Anda, ve y date un duchazo caliente, luego desayuna bien y te entretienes revisando las fotos. Quizás eso y el acto de desinterés y de amor que realizaste, en tan generosa y pródiga limosna, te ayuden a sentirte algo mejor y olvidar lo ocurrido.

—¿Olvidar? Qué más quisiera yo, Anass, qué más quisiera. ¿Cómo se puede olvidar la quemadura de un hierro candente, que te ha marcado la carne y sientes que todavía te arde? A mí este me ha marcado el corazón y escuece con ganas. Y no fue una limosna lo que le di a esa mujer. Anass, en esos pocos billetes le entregué mi vida. Cuando ya me venía de regreso en el coche, lamenté no haberle dado mi chaquetón también.

—Quizás fue mucho mejor así —dijo Anass.

—¿Por qué lo dices?

—Hombre, porque ese chaquetón tuyo es de muy buena calidad y muy apetecible. Si se lo hubieras dado la exponías a que la asaltaran para quitárselo, y quién sabe qué consecuencias funestas le traería. Te aseguro que no llegaría a la noche con él.

—Eso mismo pienso yo —dijo su esposa.

Daniel se quedó pensativo. Luego dijo, exponiendo en voz alta sus amargas reflexiones:

—Total, que intentando hacer un bien nunca sabes cuándo podrás causar un perjuicio mucho más grave. Hay que andar con mucho tiento en estas cosas. Ella está condenada a padecer su miseria. En fin: lo que hice, lo que no hice y lo que podría haber hecho ya está. Gracias por todo, sois muy amables. No sé qué me haría yo sin unos vecinos como vosotros.

—No es nada, hombre; es un placer —dijo Anass.

María Eugenia le recordó:

—Oye, mañana comes aquí, que no se te olvide.

—No se me olvidará. Que tengáis un buen día en el colegio.

—Ahora no vayas a dejar los zapatos.

—Te acompaño a la puerta —dijo Anass.

Daniel dejó las babuchas, agarró sus zapatos y salió en calcetines. Anass cerró y regresó al salón.



—Ismael y Fátima, ¿terminaréis de venir, de una vez por todas? Mirad la hora que es —dijo María Eugenia en voz alta.

Su esposo le dijo:

—Me llama la atención el estado en que llegó Daniel. Es indudable que el suceso lo afectó muchísimo.

—Lo hubieras visto cuando apareció por las escaleras. La cara de tragedia que traía era notable, al punto de que me preocupé —dijo su esposa.

—Me extraña muchísimo en él, que fue guardia civil. Yo suponía que un hombre así estaba curado contra todo, que era un tipo duro. Ya le escuchaste todas las cosas que ha visto.

—¿Duro Daniel? Lo podrá ser si se lo propone, yo no pongo en duda; un tipo duro y peligroso y... Ha tenido que serlo en su trabajo, para bregar con delincuentes de toda clase y calaña. Por dentro es un hombre con un gran corazón. Un corazón solitario, triste y lleno de dolor por causa de la tragedia a la que todavía no se sobrepone; pero un corazón de oro puro. Ya ves lo que acaba de hacer.

—Sí, darle ciento setenta dírhams a un mendigo no es algo que yo haya escuchado antes.

—Anass, y porque él no llevaba más encima. No es tanto la cantidad en sí, sino la forma en que él lo siente y el sentido y el significado que le da a ese acto. ¡Ismael y Fátima! ¡Venís o yo os voy a buscar con el plumero en la mano!

—Huy, qué miedo —dijo Fátima que venía por el pasillo.

Sara ya estaba sentada en la mesa y le preguntó a su madre:

—¿Con el plumero para hacerles cosquillas?

—Sí.



Daniel se duchó y afeitó, trasteó y desayunó dos horas después. Intentó terminar de leer un periódico del día anterior. No lo logró.

Tampoco logró revisar las fotografías en el ordenador portátil. Sus ojos se detenían en la brumosa Bab al-Fahs. No lograba apreciar la sonrisa leporina en la neblina que la velaba. Su mirada, todavía con la imagen de la mujer grabada a fuego en sus retinas, se clavaba en la esquina de la puerta izquierda. En la foto no salía, oculta por la oscuridad y uno de los grandes maceteros, mas en su mente él veía el oscuro bulto tirado en el suelo y confundido con las sombras.

En otras fotos no lograba ver el cañón difuminado en la neblina, al final de las escaleras: veía los ojos de aquella mujer.

No lograba captar las anacondas danzantes en el gran banyan de ochocientos años: veía la angustia y el temor en el rostro de la mujer.

No lograba vislumbrar la imagen fantasmal y dramática en la fotografía de los jardines: sentía los fantasmas atemorizantes y el drama que rodeaban a la mujer y a su bebé.

No lograba ver la niebla iluminada por los faros del auto, creía ver el destello de un ángel bajando del propio cielo para decirle algo.

De nuevo volvía a una de las imágenes de Bab al-Fahs, la que el camioncito iluminó para mostrarle la puerta dimensional que, por unos instantes, se había formado en la parte central. Una puerta que él no cruzó porque salió por la lateral; pero que, de alguna manera, su influjo lo había afectado bastante más de lo que pensaba.

No pudo concentrarse en nada, por más que trató durante toda la mañana.

Había desayunado cualquier cosa, y para el almuerzo no le apeteció nada de cuanto le quedaba preparado en el frigorífico. Mucho menos tuvo ánimos de ponerse a cocinar. Necesitaba caminar con el frío en la cara, el ruido de los autos y el bullicio de la gente. Necesitaba que su mente dejara de seguir enfocada en aquella mujer.



Salió a comer a uno de los pequeños y escondidos restaurantes locales que era su favorito. Su sabrosa y abundante comida marroquí atraía a muchos comensales, desde humildes obreros hasta hombres trajeados y familias completas. Disponía de una amplia variedad de sopas y potajes de cuchara, como para probar una cada día de la semana y más. Se cocinaban al fuego lento en grandes ollas de aluminio, que debían de haber sobrado de la cocina de algún cuartel que desmantelaron.

No había nada como un buen tazón de una contundente *harira*, para que una persona quedara resuelta y se diera tres palmadas en la barriga. Era la sopa nacional y muy popular durante el Ramadán. Allí también se podía elegir una succulenta *bissara*, una crema a base de habas y guisantes o una espesa sopa de arvejas; una de lentejas, de tomate con vegetales o un enorme, sabrosísimo y energético potaje de garbanzos. Todo ello acompañado siempre por una hogaza de pan completa. Las sopas y potajes eran muy económicos y los precios dependían de si llevaban carnes o no.

Daniel sentía unas desagradables polillas en el estómago. Para combatir las comió un buen estofado de tiernas alubias blancas que se salían del plato. Los nervios le producían hambre y el desayuno había sido muy frugal e intranquilo.

Dio un vistazo a los pescados que ese día tenían frescos en el mostrador refrigerado. No quiso esperar a que le prepararan uno, de modo que pidió cuatro sardinas rebozadas a la mariposa, que allí eran infaltables y ya estaban listas. En realidad eran ocho, porque iban unidas de a dos, acompañadas con una típica pasta de berenjena triturada con ajo, comino y aceite de oliva. No logró terminar la redonda hogaza de tierno pan, que mojó en el plato de salsa de tomate natural aderezada con especias.

Soltó unos gruesos lagrimones iniciales, al morder una de las dos guindillas que debían de llegar importadas directamente de los ardientes jardines del infierno. Le abrió todos los poros, para que saliera el resto del Freón 12 que todavía pudiera quedar circulando en sus venas. Pagó diecinueve dirhams, más la propina que acostumbraba, y muy bien pudo haber salido en calzoncillos y camiseta y bajar rodando hasta la playa.



Daniel salió al frío exterior sin decidir hacia dónde iría. El corrosivo desasosiego que sentía seguía allí, más presente que una úlcera de estómago recurrente. Quedó mirando para todas partes sin ver ninguna. Agarró calle abajo dejándose llevar por la pendiente. Miraba los escaparates de siempre, sin ver nada de lo de siempre. Izquierda o derecha, aquel día era igual.

Pensar en que aquellos diecinueve dirhams, que le había costado la comida, le representaban menos de dos euros le hizo arrugar el ceño todavía más. Costaba poco comer en Tánger, cuando se sabía dónde hacerlo.

Intentó calcular para cuántos días le alcanzarían ciento setenta dirhams a la mujer. Aquello no lo reconfortó en nada. Antes bien, a las polillas revoltosas se les unió todo un avispero

que no encontraba por dónde salir. Aquella no era una buena combinación con el estómago lleno.

Se había detenido ante una tienda, sin saber por qué.

Era de ropa de mujer y le llamó la atención un maniquí. Una idea surgió en su mente y entró. Salió poco después con una bolsa y entró en otra tienda, poco más allá. Salió de esta con otra bolsa más y bajó hacia la medina.



CAPÍTULO 3

Un rescate muy oportuno

Eran poco más de las ocho de la noche, cuando Daniel le dio al timbre de la puerta de Anass los dos rápidos toquecitos consecutivos que acostumbraba. Abrió su hijo.

—Buenas noches, Ismael.

—Hola, Daniel. Pasa.

—Gracias.

Se descalzó los zapatos, se calzó las babuchas amarillas de la mañana y siguió. Anass y su esposa estaban en el salón mirando la televisión con sus dos hijas y aquel dijo:

—Daniel, no te hemos visto en toda la tarde. Cuando llegamos del colegio te fui a visitar, para ver qué tal seguías y cómo te habían quedado las fotografías, y no estabas. ¿Andabas de compras?

—No pude aguantar la inquietud, salí a caminar y a comer y terminé haciendo un par de compras un tanto impulsivas.

—¿Tú comprando de manera impulsiva? —preguntó María Eugenia con tono de incredulidad.

—Estoy llegando.

Anass le preguntó:

—¿Te echaste toda la tarde en eso? Así andarás. Sigues sin buen semblante. ¿Todavía estás preocupado por el asunto de esta mañana con la mujer?

—Todavía. Cada vez más, que es lo peor.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé. Fui hasta la medina.

—¿Fuiste a buscarla? —preguntó María Eugenia.

—Sí, y no la logré encontrar por las calles ni en ninguna de las cafeterías y sitios en que miré. Me da un cierto alivio, porque prefiero suponer que al no tener la necesidad de mendigar hoy, ella esté metida con su bebé en algún lugar caliente.

—¿Qué pretendías?

—Dos cosas: una era darle esto.

De una bolsa sacó una manta y de la otra un abrigo de mujer. María Eugenia los agarró y dijo:

—La manta es gruesa y de buena calidad, muy cálida. Este abrigo también es grueso y tiene un buen forro interior. —Se puso de pie y se lo midió sin ponérselo—. A mí me cubre bastante por debajo de las rodillas. Ha de abrigar bien. Aunque pudiera ser que a ella no le quedase si es más gruesa, que por la altura no hay problema. ¿Se veía gorda o delgada?

—Delgada. Pedí una factura para que ella pudiera ir a cambiarlo si no le servía —dijo Daniel.

—Piensas en todo. ¿Cuál era la otra cosa que pretendías hacer si la encontrabas? —preguntó María Eugenia.

—Darle empleo.

—¿Un empleo?

—Como sabéis, Madiha ya no me va a seguir haciendo la limpieza, porque se muda para Tetuán, y pensé que a esa mujer le podría interesar. Será tan solo un parche económico para ella, pero será algo.

Anass dijo:

—¡Hombre, y tanto! Yo diría que en sus condiciones le representaría un parche bastante grande. Tanto como los ciento setenta dírham que le diste hoy, comparados con una limosna de céntimos o de un dírham.

—Pues mucho mejor. Eso le aseguraría un ingreso fijo, de modo que ella no tuviese que depender de la caridad ajena;

mejor todavía si fuera por completo. Quizás podría significar la diferencia entre subsistir ella y su bebé o no.

María Eugenia dijo:

—Ya veo que el hecho te dejó más afectado de lo que pensábamos.

—Así es —añadió Anass—. Daniel, al igual que nosotros, tú a diario te encuentras en la calle a mujeres en una situación de mendicidad similar. Al menos en apariencia, porque las hay que, como poco, tienen un lugar donde vivir. Esta parece que no, si estaba durmiendo en la calle. A ellas no has sentido el impulso de ofrecerles trabajo. ¿Por qué a esta sí?

—No lo sé, Anass, no lo sé. No le encuentro la razón; lo he pensado durante todo el día y no se la encuentro.

—Magnífico.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó Daniel.

—Porque cuando no se sabe el motivo por el que se realiza una buena acción, es porque no privan la razón y el interés personal, sino el corazón movido por la generosidad pura y... sabrá él por qué más.

María Eugenia advirtió:

—Daniel, tú no conoces de nada a esa mujer. No tienes ninguna referencia de ella como para meterla en tu casa. El hecho de que esté bajo tu techo a tu servicio laboral, aunque sea de manera temporal por unas pocas horas durante algunos días, la convierte en tu responsabilidad si le ocurriera algo estando allí.

—Mari, te agradezco la observación, no la he pasado por alto, ya que así era con Madiha.

—Sí, pero con un bebé es mayor la responsabilidad.

—Lo sé, lo sé. Yo no conozco de nada a esa mujer ni tengo referencias de ella, es cierto. Tampoco las necesito; me basta con lo que siento.

—En ese caso no hay nada más que decir. No pierdas el impulso que te dicta tu corazón, que te pide realizar una buena

acción humana hacia alguien que lo necesita con toda la urgencia del mundo —dijo María Eugenia.

—Mañana voy a ir hasta la puerta de Bab al-Fahs antes de que amanezca. Quizás la vuelva a encontrar allí.

—Podría no estar, si ella cambia de sitio como medida de precaución.

Anass dijo:

—O que se busque un lugar abrigado, que sería lo mejor que ella podría hacer para esta noche y las que se avecinan, que vienen tan frías.

—Ella quizás no lo sepa —dijo Daniel—. No creo que escuche la radio o que vea las previsiones del tiempo en la televisión. Como ella no lo escuche comentar en la calle... Yo espero que esté allí o llegar a encontrarla de alguna otra manera. Tengo que intentarlo o no podré volver a dormir tranquilo, tengo que hacerlo. Mientras estuve buscándola pensé que dado lo temerosa que la vi, quizás ella no acepte mi ofrecimiento, por puro recelo.

—Sí, es bastante probable que ella reaccione de esa manera, por tratarse de un hombre —dijo María Eugenia.

—Es por eso por lo que quería pedirte el favor de que me acompañes. De ti no desconfiará igual y es posible que acepte venir. Una vez aquí, le daré de desayunar y le explicaré los detalles del trabajo y lo que le pagaré. Quiero que sean tres días a la semana y tres horas diarias.

—Daniel, tú vives solo y eres un hombre muy ordenado y limpio. Madiha te trabajaba dos veces semanales y por dos horas diarias nada más, y eran suficientes. No se necesita más para mantener limpio tu apartamento. Este sería otra cosa, el tuyo no, aunque sean iguales. ¿Por qué a esta mujer la quieres tener tres horas y tres días? —Daniel se encogió de hombros—. Ya veo, es tan solo por ayudarla.

Anass dijo:

—Si le pagas la hora como se la pagabas a Madiha, con nueve horas por semana tendrá para comer durante toda ella. El dinero le rendiría bastante más si ella tuviera cómo cocinar, que no es el caso. De todos modos, todavía le quedará para cubrir otras necesidades básicas. No necesitará seguir dependiendo de limosnas por las calles. Quizás, con suerte y si ella se administra bien, incluso sea posible que logre estirarlo para pagar dónde dormir. En ciertos barrios de la ciudad y en la medina, ella podrá encontrar alguna habitación compartida. Lo que sobran son pensiones y tugurios. Al menos, ella y su bebé dormirían protegidas bajo techo, calientes y más seguras.

—Eso desearía yo y es lo que pretendo —dijo Daniel.

—Está bien, no tengo inconvenientes —dijo María Eugenia—. Te acompañaré mañana a la hora que quieras. Es sábado y los niños se levantarán tarde. A ver si la podemos encontrar y, sobre todo, logramos que no desconfíe de nuestras intenciones. Porque el hecho de que yo sea mujer no le garantiza nada.



La noche era fría, muy fría para Tánger.

Entre los Jardines de la Mendoubia y la plaza del Gran Zoco circulaba una corriente brumosa y muy húmeda, como si alguien hubiera dejado encendido un gigantesco humidificador de aire. Era muy temprano. Faltaba como una hora para que las voces de los almuédanos llamaran a la oración del alba.

La noche era gélida y húmeda, sobre todo para Tánger.

Había lloviznado y las luces se reflejaban sobre las bruñidas superficies de las calles. Las palmeras y farolas se proyectaban en el suelo con líneas temblorosas dibujadas por mano aquejada de Parkinson. El gran arco árabe central y los dos laterales más pequeños, de la importante Bab al-Fahs, se replicaban en el espejo líquido matizadas por luces coloridas. Era una imagen digna de ser immortalizada en una fotografía, pero el ánimo de Daniel no estaba para darse cuenta de ello.

En la esquina interior de la puerta derecha había una caja de cartón colocada de lado. Algunos cartones más estaban colocados en varias capas. Otros cerraban un poco, de manera precaria, aquel minúsculo vivac arrimado a la pared. Metido allí, a fuerza de encogerse, un oscuro bulto estaba echado en el suelo, sobre un colchón de más cartones y arropado con una manta y periódicos.

Daniel se quedó atrás. María Eugenia se acercó a la mujer. No la quiso tocar para no sobresaltarla por demás. De modo que dijo en voz baja:

—*Al-salamu 'alaikum.*

Lo repitió tres veces más, cada una en voz un poco más alta; sin embargo, no hubo ninguna reacción en la mujer. La movió un poco por un hombro, sin ningún resultado. Le tocó la cara y pegó un grito:

—¿Qué pasa? —preguntó Daniel.

—¡Está helada! ¡A esta mujer la durmió el frío y la está matando! ¡Despierta, criatura, despierta! ¡Tienes que despertar!

María Eugenia la movía con vigor, pero la mujer no tenía la menor reacción.

—¿Estará muerta? —preguntó Daniel angustiado. Se agachó junto a ella y con la mano buscó su arteria carótida—. No está muerta, aunque el pulso es muy bajo.

—Pues le falta poco. Esta joven ya no iba a despertar más. Ayúdame, colócale la manta y échame té en las manos.

Daniel le colocó la manta doble por encima. María Eugenia llevaba un termo con té caliente y él le vertió un poco en las manos. Ella se las pasó a la mujer por la cara y los labios. Daniel le vertió más y ella, con toda la suavidad que pudo, frotó de nuevo la cara de la mujer. Volvieron a repetir la operación, se escuchó un gemido débil y la joven se movió un poco.

—¡Gracias, Dios mío! Lo estamos logrando —dijo María Eugenia.

Vertió algo del contenido del termo en la gran tapa que servía de taza y le dio a beber un sorbo.

—¿Lo bebió? —preguntó Daniel.

—Me parece que sí pasó algo. Le voy a dar más.

María Eugenia le dio otro trago, la mujer tosió y terminó de despertar. Se movió ocasionando que algunos cartones se cayesen y siguió acurrucada allí. Entre sus brazos y bajo la manta y los periódicos escondía y protegía a su bebé. Hizo el intento de incorporarse y no lo logró. María Eugenia la ayudó.

Aquella madre salió de la caja y se sentó arrimada a la pared. Ahora su cuerpo se estremecía debido a los temblores y le castañeteaban los dientes. Comenzaba a estar algo más consciente y había recelo en ella, aunque no el temor tan fuerte que tuvo el día anterior con Daniel, quien se había retirado unos pasos más atrás. María Eugenia, agachada junto a ella, vertió algo más del contenido del termo en la gran tapa y le ofreció a la mujer, quien preguntó en un susurro:

—¿Qué es?

—Es té con yerbabuena bien caliente. —María Eugenia bebió un sorbo y dijo—: ¿Lo ves? Es té nada más. Te acabo de dar un trago, aunque no lo recuerdes. Fue necesario para poder despertarte. No desconfíes. Nosotros tan solo queremos ayudarte. Bebe, por favor, que estás temblando y lo necesitas.

La mujer, ya algo menos sobresaltada y recelosa, aunque todavía nada clara, intentó agarrar la taza con una mano. El temblor y la torpeza eran tantos que el líquido se derramaba. María Eugenia le sujetó la mano entre las suyas y exclamó:

—¡Criatura, estás helada! Tienes la mano como un cubo de hielo.

María Eugenia la ayudó a llevarse la taza a la boca. La mujer probó un sorbo y, con un tono de voz apenas audible todavía y voz torpe y lenta, le dijo:

—Es té y está dulcito y caliente.

—¿Ves? Eso te hará mucho bien. Bébelo todo, que lo estás necesitando con urgencia.

La mujer, ahora sí, en unos pocos sorbos largos se bebió con ansias toda la taza. María Eugenia le sirvió otra más, que la mujer bebió con más calma e igual avidez. Se dio cuenta de la manta que tenía encima y preguntó, con voz algo mejor:

—¿Y esto?

—Nosotros te la pusimos —dijo María Eugenia.

Ella no le quitaba la vista a Daniel, que se mantenía en el mismo lugar.

—¿Él es tu esposo?

—No. Yo estoy casada y tenemos tres hijos: un varón y dos hembras que son la alegría de nuestros días. Me llamo María Eugenia. —El nombre de ella causó interés en la mujer, aunque no dijo nada—. ¿Tu bebé está bien?

—¿Mi bebé? No lo sé.

La mujer lo desenvolvió un poco para verle la cara. María Eugenia se la tocó y dijo:

—Le falta algo de calor, pero está bien. Gracias a Dios y a la Virgen María que llegamos a tiempo.

—¿Eres cristiana?

—Sí. ¿Eso te causa alguna inquietud?

La mujer negó con la cabeza. María Eugenia le sirvió otra taza de té caliente y ella le preguntó:

—¿Eres de las Damas de la Caridad?

—No.

—¿Y él?

—Él es mi vecino, es español y también católico. Es una excelente persona y ayer quedó muy preocupado por ti y por tu bebé.

—¿Por qué se preocupa por mí?

—Él es así: un hombre de gran corazón. Es por eso por lo que yo he venido a ofrecerte un trabajo. ¿Te interesaría ganarte

un dinero? Te ofrezco un trabajo limpiando un apartamento tres veces por semana. Se te pagará bien.

A la mujer le seguían castañeteando los dientes y todavía se estremecía, aunque menos, y no dejaba de mirar a Daniel. Lo señaló con la cabeza y dijo:

—Yo lo vi ayer ahí mismo. Él me dio mucho dinero.

—Sí, él fue quien me habló de ti y por eso es que he venido a buscarte.

—Yo llevaba tres días sin probar nada. Tenía mucha hambre y gracias a él pude comer bien y caliente.

—Eso nos complace mucho. Se nota que estás pasando grandes necesidades y queremos ayudarte.

La joven madre se tomó esa tercera taza y María Eugenia le sirvió otra más. La gruesa manta y el té caliente hacían su efecto en el organismo de la mujer, aunque lento. Ella temblaba algo menos y los dientes dejaban de sonarle. María Eugenia le preguntó:

»¿Qué dices sobre mi proposición de trabajo?

—¿Qué trabajo?

—El de limpiar un apartamento.

—Yo... No sé.

—¿No necesitas dinero para comer completo cada día, y para tener un lugar bajo techo donde dormir caliente y protegida con tu bebé?

—Sí —dijo ella bebiendo.

—Pues nosotros te vamos a pagar bien por el trabajo y podrás hacerlo.

—¿Me vas a pagar?

—Sí, por supuesto, ya te lo dije. ¿Qué me dices, aceptas?

—No lo sé.

La mujer seguía un tanto confusa y María Eugenia le dijo:

—Es mucha la pobreza extrema que tenemos, y la calle está llena de gente de todas las edades y muy necesitada. Pero hay

muy pocos corazones llenos de bondad, y muchas menos manos dadivosas que ayuden con una limosna.

—Sí, yo lo sé bien.

—El gran problema es que, aunque haya bondad, son muchísimos más los que tienen necesidad de algo, que aquellos a quienes les sobra para dar a otros.

—Sí, lo sé.

—Hagamos una cosa, a fin de que tú puedas ver el apartamiento que queremos que limpies y te hagas una idea. Tú necesitas salir de aquí de inmediato y calentarte bien. ¿Qué te parece si vienes a mi casa ahora y desayunas conmigo y mi familia? Está cerca, arriba en Iberia. Hoy es sábado y estamos todos. Allí podremos hablar de las condiciones laborales que te ofrecemos. ¿Te parece bien? —La mujer seguía dudosa, quizás algo recelosa, por lo que María Eugenia añadió—: ¿Prefieres seguir pasando frío aquí con tu bebé y expuesta a cualquier calamidad?

—He pasado mucha hambre y frío en estos días. No estoy acostumbrada al frío.

—Al dormir pierdes calor con rapidez, la noche ha estado gélida y tú estás muy mal abrigada. Estás viva de pura casualidad. Me costó mucho lograr despertarte. Por si no te has enterado, las noches que vienen serán todavía más frías y húmedas. Tú no resistirás, mucho menos si sigues durmiendo aquí de esta manera tan desprotegida, por mucho cartón que pongas. El frío es muy traicionero, si te agarra te duerme y ya no despiertas. Sí tú mueres, en cuanto tu cuerpo se enfríe morirá también tu bebé. No creo que sea eso lo que tú quieres. ¿Verdad que no?

—No.

—Entonces ven si quieres vivir y que él viva. —La otra no reaccionaba todavía y le costaba tomar decisiones. María Eugenia le insistió—: Ven con nosotros, por favor.

Le tendió la mano. La joven vio las lágrimas en sus ojos y dijo:

—Está bien, voy contigo, sé que puedo confiar en ti.

—Gracias, es una decisión muy acertada y no la lamentarás, te lo prometo. —La mujer intentó levantarse y no lo logró. María Eugenia la ayudó. Le tocó el rostro bajo la capucha de la chilaba—. Dios mío, qué fría estás todavía, con todo y la manta y el té. Una hora más aquí y no despiertas, ya no lo haces.

Daniel se acercó con rapidez. Le quitó la manta, la desdobló y se la volvió a echar por encima cubriéndola desde la cabeza por completo. Ella tuvo la intención de agarrar la bolsa de tela que tenía al lado, en la que llevaba sus pocas pertenencias y le había servido de almohada. No lo logró de torpe que estaba. María Eugenia le dijo:

—Permíteme llevártela y ocúpate tú de abrigar bien a tu bebé.

La ayudó a caminar porque ella lo hacía con dificultad.

Daniel no había entendido lo que ellas hablaron en árabe y prefirió mantenerse callado. Había dejado el auto aparcado unos pocos metros más allá. Ayudó a que las dos mujeres entraran en la parte de atrás y cerró la puerta. Se colocó al volante, encendió el motor y puso la calefacción al máximo. Orientó hacia atrás todas las rejillas de salida en el salpicadero, dio más potencia a las salidas de los asientos traseros, encendió las luces del auto y arrancó.

Era otro frío y húmedo día invernal más en el norte de Marruecos, alterado por aquel frente polar con fuertes ventiscas que llegaban soltando escarcha, granizo, pingüinos y morsas.

Amanecía en Tánger.



CAPÍTULO 4

Una ducha caliente y un desayuno en familia

—Yo vivo aquí, pasa —dijo María Eugenia.

Nada más entrar en el vestíbulo los recibió el aroma a flores, de las que había arreglos clásicos y también delicados ikebanas. Aunque lo más penetrante fue el olor a café que lo llenaba todo. La joven estaba algo mejor y María Eugenia le dijo:

—Toma, ponte estas babuchas para estar aquí en la casa, son muy calientes.

Anass estaba en la sala bebiendo una taza de café y les dio los buenos días.

—Buenos días, Anass —le respondió Daniel.

La mujer estaba cohibida y no sabía qué hacer. María Eugenia le dijo, siguiendo en árabe:

—Él es Anass Eddine Mebrouk, mi esposo. —Indicó el extremo más cercano del *mtarba* y añadió—: Por favor, siéntate ahí que está más caliente. ¿Está dormido tu bebé?

La mujer se sentó, todavía envuelta en las mantas, revisó a su bebé, asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, y ya se siente algo más caliente, yo diría que normal. Aquí adentro está muy calentito, como en el auto. Es agradable.

—¿Entiendes el español? —La mujer negó con la cabeza—. ¿Y francés? —Ella asintió y María Eugenia continuó hablando en ese idioma, a fin de que Daniel entendiera—: Tú aprovecha para entrar en calor ahí sentada. En este momento lo necesitas más que nada. Te voy a preparar algo para beber.

Dejó la bolsa de la mujer cerca de ella y se fue para la cocina. A fin de que ella no recelara si hablaban en español, Anass siguió hablando en francés con Daniel y le preguntó:

—Por fin, ¿qué tal las fotografías que tomaste ayer en la Mendoubia? ¿Lograste la que querías? No me has dicho nada.

—Todavía no he logrado verlas con la tranquilidad necesaria. Creo que hay tres o cuatro que están preciosas. Una me parece ideal para imprimir en blanco y negro. Con unos cuantos retoques quedará con un efecto muy dramático, si logro el contraste adecuado con la niebla.

Los dos siguieron conversando en el otro extremo de la sala. Evitaban prestarle atención a la mujer, con objeto de que se fuera relajando en lugar de cohibirse más. Por el pasillo llegó Fátima en pijama y saludó en español:

—Buenos días.

Daniel le respondió, ella lo besó y Anass le dijo en francés:

—Buenos días, hija, ¿qué haces hoy sábado levantada a esta hora tan temprana?

—Me desperté confundida, papi —respondió ella en francés también—. Pensé que era viernes y tenía que ir a la escuela. Menos mal que no, porque no tengo ganas.

—¿Y Sara?

—Mi hermanita sigue bien dormida.

—Anda, vuelve a acostarte.

—No, ya no. ¿Mamá?

—Está en la cocina preparando el desayuno. Tenemos a una invitada.

—Entonces voy a ayudar a mamá.

María Eugenia regresó poco después y le tocó el rostro y las manos a la mujer.

—Dejaste de temblar y ya no te siento fría, aunque todavía no recuperas tu calor normal. Criatura, ¿qué hacías durmiendo allí, un lugar nada guarecido?

—Me había metido en un buen portal cuando anocheció, porque sentí que hacía más frío, pero me sacaron de mala manera. En otro me sucedió igual. Los pocos lugares buenos que conocía estaban cerrados ya y en otros había hombres. Pasada la medianoche ya estaba muy cansada y tuve que volver allí. Conseguí un par de cajas, cartones y periódicos y pensé que me podrían servir de algo.

Fátima llevó una taza que su madre agarró.

—Bebe esta infusión. Tiene varias hierbas, entre ellas romero y eucalipto. Tiene también jengibre, quizás algo más de la cuenta, de modo que estará un poco picante, aunque tiene miel. Te aumentará la temperatura interna.

La joven se lo fue tomando y dijo:

—Sí, se nota bastante el jengibre. Está dulce y rico.

—Vamos a hacer una cosa para que termines de equilibrar tu temperatura cuanto antes, no te vaya a dar un catarro o algo peor. ¿Te apetecería darte una ducha caliente? Te lo recomiendo. Eso te ayudaría muchísimo y más rápido, mejor que nada.

—¡Oh, sí, claro que sí! Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que lo hice.

—Pues ven conmigo —le dijo María Eugenia.

—Yo no quisiera ser una molestia.

—No, mujer, no lo eres, de ninguna manera. Puedes ducharte y usar el secador de cabello mientras terminamos de preparar el desayuno. Tómate todo el tiempo que requieras, que nosotros no tenemos prisa. Solemos desayunar más tarde.

La mujer se quitó la manta que Daniel le había puesto, con la que todavía se cubrían ella y el bebé. Se quitó también la pequeña manta de ella, agarró su bolsa y siguió a María Eugenia hasta el baño. Cuando esta regresó le preguntó su esposo:

—¿Y el bebé?

—Esa joven no lo ha querido soltar. Todavía no sé si es hembra o varón.

—Bueno, yo voy hasta la mezquita y vuelvo.



La mujer se tardó bastante más de media hora en la ducha. Salió vistiendo la misma chilaba de color oscuro, casi negro; tenía el cabello limpio y bien cepillado, todavía algo húmedo en las puntas. Traía a su bebé en brazos.

—Lamento haberme tardado tanto, perdonad el abuso.

—Mujer, no ha sido ningún abuso, más bien pensé que ibas a tardar algo más —dijo María Eugenia.

—Es que no quería salir de debajo del agua, de lo calentita y agradable que estaba. Ese calor me vino muy bien y ha sido muy reconfortante. El tiempo se me pasó sin sentir —dijo ella con su agradable modo de hablar tranquilo y pausado.

—Despreocúpate, a mí me suele suceder lo mismo y no te digo los niños; no hay forma de sacarlos. Podías haber permanecido todo el tiempo que hubieras querido, como te dije. ¿Qué tal te sientes ahora?

—Me siento otra, estoy caliente y me encuentro mucho mejor.

—Magnífico. El desayuno ya está casi listo y Anass ha de estar por regresar. Eso te completará las calorías necesarias. Ven, siéntate de nuevo allí, mientras termino.

María Eugenia regresó para la cocina y la mujer se volvió a sentar en el *mtarba* con su bebé en brazos. Daniel ojeaba un periódico de la tarde anterior, sentado poco más allá en el lado de enfrente. Ella le daba fugaces miradas de reojo.

María Eugenia y Fátima dispusieron la mesa redonda que utilizaban para comer. Anass llegó frotándose las manos.

—Vaya madrugada tan despacible. ¿Cómo vamos?

—Listos para desayunar —respondió su esposa.

—Voy a lavarme las manos.

María Eugenia le dijo a la mujer:

—Como tu bebé sigue dormido puedes dejarlo acostado en el *mtarba*, para que tú comas tranquila. De ahí no se caerá.

—Sí, está bien, gracias.

Ella acomodó a su bebé en el amplio asiento, todavía envuelto en su manta. María Eugenia le indicó:

—¿Quieres sentarte aquí, a mi lado?

La acomodó entre ella y su hija, y Anass y Daniel se colocaron enfrente. La niña preguntó:

—¿Tu hijo es varón o hembra?

—Es una niña —le respondió la mujer.

María Eugenia dijo:

—Ella es mi hija Fátima. Tiene nueve años. La menor es Sara que tiene seis años. El varón se llama Ismael y tiene doce.

—¿Cómo se llama tu niña? —preguntó Fátima.

—Nora —respondió la mujer.

—¡Ah, flor! Es un lindo nombre. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Ya tiene doce semanas.

—¿Y cómo te llamas tú?

—Nissrine.

Fátima dijo:

—¡Ese nombre me gusta mucho! Tengo dos amigas que se llaman así. Cuando yo tenga una hija le pondré Nissrine, ya lo tengo decidido.

La joven no se había servido casi comida, por lo que María Eugenia le dijo:

—Permíteme servirte, porque eso que te has puesto en el plato es poquísimo. Si yo me como esa cantidad nada más, no me entero de que tengo algo en el estómago. No tengas ninguna vergüenza, por favor, y come cuanto quieras porque hay de sobra. Aprovecha las oportunidades cuando la vida te las ofrece de tan buen grado.

—Muchas gracias, María Eugenia, eres muy amable.

—Los huevos, las *sfijas* y las salchichas te aportarán las grasas y proteínas que estás necesitando, el *rghaifs* y las *harchas* contribuirán con más calorías, que no te sobran. ¿Quieres té o café?

—Café, por favor.

—¿Lo quieres con leche? Es entera y te vendrá bien. Yo estoy segura de que te faltan algunos kilos para estar en tu peso normal. Además, necesitas tener buena leche para tu hija.

—Sí, con leche está bien, gracias.

Anass le dijo a Daniel:

—El primero de enero se te vence el permiso de estadía del coche. ¿No es así?

—Sí. Me iré para España el fin de año, para pasarlo con mis padres en el pueblo. Regresaré en los primeros días de enero y sacaré otro permiso por otros ciento ochenta días más.

—Es lo único fastidioso de tener un auto extranjero aquí, aunque tengas la residencia —dijo Anass.

—Bueno, de todos modos, tampoco es tanta cosa tener que salir y entrar con el coche dos veces al año. En las tres oportunidades en que he salido, dos fueron en avión y una en ferri. Pero me parece más el trámite de precintar y dejar el coche en consignación en la aduana, y el papeleo conexo, que salir con él y volver a entrar y sacarle un nuevo permiso de estadía.

María Eugenia, que no le perdía vista a Nissrine, notó que ella los escrutaba a todos de manera muy discreta. Aunque la mayor cantidad de miradas furtivas, llenas de viva curiosidad, eran para Daniel. Le pareció muy normal, dadas las circunstancias, y venían muy al caso. Le dijo a él, siguiendo con el tema:

—Te evitarías todo eso si te compras coche aquí.

—Este que tengo me va muy bien y no pienso cambiarlo por nada —dijo Daniel.

—¡Hombre! Esa Range Rover es un vehículo excelente y está nuevo. ¡Qué vas a andar cambiando! —dijo Anass.

—Lo es. El hecho de que sea automática es un gran descanso, y la tracción permanente a las cuatro ruedas logra una conducción muy segura. Tiene una buena marcha en carretera y va muy bien fuera de ella. No le hago ascos a malos caminos, a

calles inundadas, vadear ríos ni a nada que se me atravesase. Ya la probé sobre nieve y placas de hielo durante el invierno pasado, en León. En el pueblo en el que viven mis padres nieva lo suyo. Hay años en que quedan incomunicados por carretera.

—Con las llantas adecuadas te puedes meter en el desierto si quieres —dijo Anass.

—Y tanto. Ya han hecho esa prueba.

—¿Sí, dónde fue?

—Fue una prueba especial, aunque no con este modelo, sino con una Range Rover Sport. Cruzaron el Empty Quarter a toda leche en menos de diez horas y media, con todo y una tormenta de arena que se les atravesó. Hicieron una parada para repostar combustible.

—Pues eso sí que fue una señora prueba.

—¿Qué desierto es ese? —preguntó Fátima.

—Es el Rub al-Jali, que atraviesa el sur de la península Arábiga entre Arabia Saudí y el Yemen y Omán —le dijo su padre.

—¡Ah, sí, sí! Lo he visto en Geografía, me confundió el nombre en inglés.

Daniel dijo:

—Yo estoy muy conforme con el auto.

—Creo haberte entendido que te lo vendió tu hermano.

—No, fue su esposa Leonor, con poco más de dos años de uso. Ella cambia de coche cada cuatro o cinco años. Esta vez lo adelanto para comprar un monovolumen con siete plazas, por causa de los cinco niños.

—¿No eran cuatro? —preguntó María Eugenia.

—No, son cinco. El menor ya tiene tres años. Yo quería un auto robusto y todoterreno y estaba buscando un Land Cruiser o un Discovery con unos cinco o seis años de uso. Elena me dijo que para lo que le ofrecían en los concesionarios y en el mercado de segunda mano, prefería darme la Range a mí. Me la dejó incluso algo más barata y estoy muy contento.

María Eugenia dijo:

—Entonces fue que ella no necesitaba el dinero para comprarse el otro.

—No, ella no lo necesitaba. Ya sabes que los dos son médicos y ganan bien.

Anass preguntó:

—Leonor es también pediatra como tu hermano, ¿no?

—Sí, trabajan en un hospital y tienen consultorio propio.

María Eugenia le preguntó a Nissrine:

—¿Qué tal esas mini *harchas*?

—Están muy ricas.

—Me alegro de que te gusten. —Le dijo a Daniel—: Con Ismael no tanto, pero después de que tuve a Fátima deseé haber sido pediatra.

Su esposo saltó:

—¡Uf! De la que se libraron estos niños.

Fátima agregó muy sonriente:

—Sí, hubiéramos estado todo el día con un termómetro en la boca y el tensiómetro pegado.

—Mírenla a ella también, ¿eh?, igualita a su padre —dijo María Eugenia.

—Mamá, es que nos hubieras atiborrado a vitaminas y minerales, que nos diste bastante aceite asqueroso de hígado de bacalao.

Incluso su madre se rio ahora y en los labios de Nissrine hubo una sonrisa.

—Estáis muy sanos, así que lo doy por bien empleado.

Daniel prosiguió explicando:

—Pues, con todo y eso, el precio era más de lo que yo andaba buscando en un auto. Mi hermano Raúl intentó convencerme. Mi hermana Elena y su esposo, que tienen también una Range Rover Evoque igual y están de lo más entusiasmados con ella, me hablaron maravillas y me instaron a que no perdiera

esa oportunidad; porque la de mi cuñada tenía muy poco uso y estaba impecable. Cuando Leonor me dio la facilidad de pagársela en tres partes y por aquel precio, me terminó de convencer. Que tampoco le costó mucho, no os vayáis a creer, porque me gusta. Ya se la cancelé completa.

—Entonces no tienes ningún ahogo —dijo Anass.

María Eugenia dijo:

—Es un auto muy cómodo. La primera vez que nos invitaste a la playa, pudimos comprobar la gran diferencia entre viajar en un pequeño compacto como el nuestro o en ese. Sara durmió perfectamente echada en la parte de atrás, cuando regresábamos, ¿recuerdas, hija?

Fátima dijo:

—Sí, mi hermanita terminó muerta de cansancio ese día y atrás durmió a pierna suelta.

Anass dijo:

—Es un vehículo muy bueno y confortable, saliste muy bien con él.

—Seguro —dijo Daniel—. Si reparto lo que me costó entre los años que me va a durar salgo muy bien. Tengo poco más de un año con él, de modo que me durará unos ocho o diez más.

Anass dijo:

—Yo no sé qué cálculos haces tú. Ponle otros diez años más encima de esos. Son vehículos muy duraderos, yo diría que eternos. Yo conozco aquí viejas Range Rover que tienen cuarenta años auestas y siguen rodando. Esa carrocería de aluminio es eterna y la mecánica sale excelente. Lo que más rápido evolucionan son los motores. Todo lo que necesitarás, en un futuro, es cambiarle la motorización por otra que haya salido más adecuada, y que te ofrezca un mejor rendimiento. Si le mejoras el equipamiento y detallitos de esos, incluso le renuevas la tapicería, si acaso fuera preciso, vuelves a tener vehículo para otros diez años más.

María Eugenia dijo:

—A mí me encanta esa tapicería que tiene a dos tonos beige y marrón claro con madera.

Fátima dijo:

—Sí, a mí también, y el color rojo de la chapa es precioso. Me recuerda a las cerezas brillantes. Me gusta el color rojo en los autos.

—Qué bien. Ahora ya lo sé para el día en que tenga que regalarte uno —dijo Daniel haciéndolos reír.

Sara llegó en camión y saludó:

—Buenos días.

—Buenos días, hija —le dijo Anass.

—¡Hola, tesoro, buenos días! —dijo María Eugenia—. ¿Despertaste tú solita?

—Sí, mami, fui al baño. ¿Por qué estáis desayunando tan temprano como si tuviéramos escuela? Hoy es sábado y desayunamos más tarde.

—Porque estábamos despiertos, hay una invitada y teníamos hambre. ¿Tú tienes hambre?

—Ahora que desperté sí.

—Pues siéntate al lado de papá y aprovecha, que todo está caliente todavía. Come bien para que crezcas una mujer grande, fuerte y saludable —le dijo su madre.

Fátima se rio y dijo:

—Y te tomas tu pastilla multivitamínica y una infusión antigripal como preventivo.

Sara se rio como los demás, se sentó y preguntó:

—¿Quién es ella?

Su madre respondió:

—Ella es Nissrine. Habla árabe y francés, y como Daniel no habla árabe estamos conversando en francés. Nissrine, esta es Sara, nuestra hija menor.

La mujer puso una sonrisa como saludo para la niña.

—¿Ismael no se ha levantado? —preguntó Sara.

—No. Tú sabes que él no lo hará antes de las nueve.

—Es un dormiloncete —dijo Fátima.

María Eugenia le preguntó a Nissrine:

—¿Vas a comer esa *cringal* nada más? Están buenísimas con la mermelada casera y esa manteca tan cremosa, así que cómete un par de ellas más, anda, que entran solas.



Terminaban de desayunar y la bebé hizo un ruido. Nissrine se levantó de inmediato. La cargó en brazos y le habló en árabe con voz muy suave.

—¿Se despertó? —preguntó María Eugenia.

—Sí.

Ella y las niñas se acercaron. La bebé estaba inquieta e hizo unos pucheritos, como si fuera a llorar.

—Es posible que tenga calor —dijo María Eugenia.

—Sí, puede ser. ¡Huy, si está sudando! No me di cuenta de que tiene mucha ropa para estar aquí adentro.

Fátima dijo:

—Tiene una carita preciosa.

—Sí, es muy linda —dijo Sara.

Nissrine le dijo a su hija, hablando en árabe:

—Vamos a quitarle esta ropa que le está sobrando a mi neni-ta. Estás calentita muy guapa.

María Eugenia le preguntó:

—¿Te gustaría darle un bañito?

—¡Sí, claro! No he podido bañarla desde que nació. Usualmente no tengo con qué limpiarla bien y temo mucho que se pueda irritar, porque yo no tendría cómo curarla.

—Pues un baño le vendrá muy bien y le prevenimos irritaciones por las orinadas. Yo todavía conservo las cosas de baño de cuando estas eran pequeñitas porque, por más que una se cuide, nunca se sabe lo que puede fallar y cuándo vendrá otro

hijo a la vuelta de la esquina. Además, Fátima y Sara siguen usando jabón, champú y aceite infantil. Vamos, que te ayudo a bañarla; será todo un placer.

—Yo quiero ver cómo lo hacéis, mami —dijo Sara.

—Yo también quiero. Nunca he visto bañar a un bebé —dijo Fátima.

—Claro que sí, cuando yo bañaba a tu hermana —le dijo su madre.

—Pero yo era muy pequeña y no me acuerdo.

Todas ellas se fueron hacia el baño principal. Anass le comentó a Daniel:

—A pesar de que se le notan las secuelas de una grave necesidad sobrevenida, Nissrine es una mujer bonita.

—Sí. Sin la capucha puesta y con el cabello suelto se puede notar bien. Ahora sí que estoy mucho más intrigado.

—¿Acerca de qué?

—Por saber qué le ocurrió para terminar en la calle con un bebé tan pequeño.

—Algún día lo sabrás. No tengas prisa.

—Anass, yo no soy hombre de prisas, cuando no son necesarias.

—Lo sé.



Regresaron un largo rato después y Fátima dijo:

—Papi, mira que ojos tan grandes y lindos tiene Nora.

—Los tiene claritos —dijo Sara.

—Sí, son muy lindos —dijo Anass.

—Todo lo mira.

—Claro, tiene que ir conociendo las cosas —dijo su hermana Fátima—. Todos los bebés lo hacen. Mira cómo se fija en nosotros y nos escucha.

—Papi, ella no lloró cuando la bañamos. Le gustó el agua y chapoteó —dijo Sara.

—Sí, movía los bracitos y las piernas y sonreía.

—Eso está muy bien —dijo Anass—. La primera impresión es muy importante en estas cosas. Ahora le cogerá gusto al agua y al baño.

Nissrine le dijo a su hija, hablándole en árabe y arrimándola junto a su cara:

—¿Cómo se siente mi bebita después de su primer baño? ¿Te gustó, mi vida, te gustó?

María Eugenia le dijo algo en árabe a la bebé, que volteó la cabecita para mirarla.

—Sí, reacciona muy bien, oye perfectamente —dijo de nuevo en francés—. Quiere meterse el puño en la boca. Creo que tiene hambre. ¿Quieres amamantar a tu hija? —Nissrine asintió con la cabeza—. Ven para que lo hagas con tranquilidad en esta habitación que está desocupada.

Nissrine agarró su bolsa y siguió a María Eugenia por el pasillo. Esta regresó y dijo:

—Esa criaturita es preciosa. Se va a parecer a la madre, que es muy guapa. Hubierais visto cuánto disfrutó esa muchacha bañando a su hija por primera vez.

Fátima dijo:

—Ella no sabía bien cómo se hacía y mamá la enseñó a lavarle la cabeza, de forma que no le entrara agua en los oídos y en las naricitas.

Sara dijo:

—Yo también aprendí. Voy a practicar con las muñecas para que no se me olvide. La grande nos vendrá bien.

Fátima dijo:

—Sí, esa muñeca de goma se puede meter en el agua.

María Eugenia dijo:

—La niña me parece que está bien de peso. Quiere decir que no le ha faltado la leche de su madre. Ella es la que ha soportado el desgaste de la lactancia por una mala alimentación, fatigas,

angustias, sobresaltos y dormir mal. Está bastante demacrada. No me extrañaría que tuviera algo de anemia. No sé cuánto tiempo tendrá en la calle; me inclino a pensar que no ha de ser mucho o ya estaría en los huesos. Se ve que es una buena muchacha de carácter dulce. Tiene un hablar suave, naturalmente lento y reposado, que pareciera no tener prisa nunca. Daniel, me parece que tu sentir sobre ella fue mucho más acertado que mis temores iniciales.

Daniel dijo:

—Me alegra que lo corrobore y no haberme equivocado, y me alegro muchísimo más de haber llegado tan a tiempo para salvarla.

Anass dijo:

—Me da la impresión de que ella ya está más relajada.

—Sí, claro que lo está —dijo su esposa—. La ducha que se dio y haber entrado en calor la recuperó. También la ha tranquilizado muchísimo el que no le hayamos hecho preguntas y, sobre todo, el ambiente de familia que encontró con niños.

—Eso es lo que me parece.

—Daniel tuvo razón: no habría sido igual si ella hubiera llegado a su apartamento y se encuentra con un hombre solo. Esperemos que no se eche para atrás cuando sepa que será allí que va a trabajar. Lo que sí os digo es que esa muchacha no nació en la calle.

Anass dijo:

—No. Es educada y siento que es una persona de fiar. El francés lo entiende bastante bien, aunque lo habla con cierta dificultad. El árabe sí que lo habla muy bien y fluido, en lo poco que ha dicho. Si no es su idioma materno se ha criado entre quienes lo hablan, aunque no atino a saber de dónde es. Me suena a libio, quizás oriental. De lo que estoy seguro es que ella no nació en Tánger y posiblemente tampoco en Marruecos.



Nissrine regresó un rato después. La niña traía menos ropa esta vez.

—Me parece que mamó como nunca antes. El bañito le hizo bien y mi hija tenía hambre.

—Eso es bueno —le dijo María Eugenia—. Tú has pasado una noche fatal y has de tener el cuerpo muy resentido. ¿No te gustaría acostarte a dormir un rato con tu hija? Esa habitación está desocupada y no es ninguna molestia para nosotros.

—No es necesario, María Eugenia, muchísimas gracias por tu gentileza. Con el baño, el desayuno y entrar en calor me siento mucho mejor. Este apartamento es bien amplio y lo tenéis muy elegante. Es muy bonito. ¿Es el que tú quieres que limpie?

—Mi esposo y yo trabajamos en un colegio. Somos profesoras. Yo me las arreglo para mantener limpio esto, con la invaluable ayuda de mis hacendosas hijas. El apartamento para el que te buscamos es el de al lado, que es igual que este en tamaño y distribución. Son dos áticos gemelos.

—¿De quién es?

—Es el de Daniel. —Nissrine lo miró y no dijo nada. María Eugenia añadió—: Él vive solo. —Nissrine arrugó la frente—. Tenía una señora que le limpiaba, pero ella se muda para Tetuán. Aunque posiblemente el apartamento no sea lo que tú puedas estar pensando y te llesves una sorpresa. ¿Quieres verlo antes de tomar una decisión? Me parece lo mejor. —Nissrine asintió con la cabeza—. Pues vamos. ¿Daniel?

Él se dirigió hacia la puerta seguido por los otros.

—Nosotras recogemos la mesa, mami —dijo Sara.



FIN DE LA VISTA PREVIA.